

ROSA LUXEMBURG OCUPAR EL FRENTE TEXTOS SOBRE LOS DERECHOS POLÍTICOS DE LAS MUJERES

BUCHWALD EDITORIAL

Er hielt die Erschienenen will-
Lenon die Grundfrage für die
n gelegt worden sei. Es sei keine-
zu einer Art Kongress neben
zu machen, sondern man habe be-
liche Zwecke im Auge gehabt. Auf
runden folgende
Wieder der auf
er Konferenz zu
die Erhebung
n Fraktionen z
olution des Gene
de. Viertens mü-
ien verhandelt
lebenheiten erleb
den Antrag, Par
nehmen. Wüher
ng Mitglieder der
sten wir auch j
ren, als wir in
t damals noch r
arische Gewalt die
Genossen mit je
hen, die diesen
hört. (Worab)
nematistumbehar
im Gefängnis i
nde Resolution:
Abgeordnete der
Sympathie und
demokratischen Ab
mit den Männer
ziehung schmächte
erten Bell gegen
m ängersischen
erfen hat, sie ge
ren an einem r
effektivität ihr ei
die Sache der r
demokratischen Ab
nten in Gemein
en eine Beweg
e zu setzen, die
nde ihre Pflicht
t zu erkennen,
dazu dienen, den
wieder zur Freilä
on den sozialber
Dr. Mandelbe
cht hat, der de
den soll.
unter lebhaftem
stimmig ange-
delbergs dem P
der Italiener,
schen Konferenz
lieder der einz
men, daß die
schen oder die E
Wien betont ist, b
ordnung die Ei
fari Perez, es
auf diese Frage
t-Wagen mich i
mit den Beiträ
utenmäßigen für
Erhaltung
sehen und noch
fen zwei Anträge
öffentlichen, wie
r beiterfeldu
vertretungen zu
kriegsregierung
derjenigen des
thborlage m
n und sie gleich
nterbreiten.
ründet die Ant
en nicht mehr sa
n sozialen Geseh
sozial rüdändige
der Uniformieru
gesetz eingutrete
sich van Kol-
um weist daro
die soziale G
herausgibt.
daß das intern
so gut wie nich
olle den zweiten
das Institut in
ch und manchmal verstandlos.
sion könne nur von sozialistischn

Hierauf tritt die Mittagspause ein.
Am Nachmittag wurde die Vormittags abgebrochene Dis-
kussion über die Informierung des Wärfelder Bureauz in bezug
auf die parlamentarischen Arbeiten und Aktionen der sozialistischen
Gruppen in den einzelnen Ländern fortgesetzt. Nach längerer Er-
örterung fand ein Vorschlag von Dr. David-Maing und
Weißkopf, Paris, die Wärfelder

Damit haben die Verhandlungen der inter-
konferenz ihr Ende erreicht.
Erste internationale Konferenz sozialistischer Frauen.
male umfaßt die
r Länder — die
e Frauen. Sie si
ntie gleichberechti
zu Stuttgart ist
rotetier, und b
ngen, nicht gerin
ung ist eins
ugleich ein Beson
e neben den allg
als tagt an der
s am Sonntag z
eres Parlament
nationale i
ürlich das beson
Länder gilt.
mögen freuchen
ären Männer gef
Stuttgart beson
m ihnen zugefall
liche Gesellschaft
nationalen Lande
in der bürgerlich
keit zu geben, ih
in inigen Ju
hrecht. Weis
n unter den sozi
t der Auffassung
führen, über de
auseinander.
gegebenen Umstän
antwortung sehr
in den einzelnen
Wichtigkeit, daß d
ngen, um auf
tautenalrechtstra
die Wünsche der
enbewußten Profr
Vertreterinnen
de Arbeiten der
entfernung die
fie als ihre ber
Stuttgar
her Bericht.
e vormittag die
sozialistische e
erschienenen Ge
gung der Konf
Genossinnen der
eder, Frau J
Frau Greiff
lein Grüner
mann-Hannover
reden. Oesterre
Welsch-Ro
Frau Pitta,
Schönberg, Frau
rau Bellecé,
Frau Walab
tion Lutins. Au
Wardonald er
standt, darunter
Biborg, Ferner
Kinetika vertre
nung, die Zentr
rühlands, Fran
ris mit folgende
ferenz der sozial
alle Genossinne
laube der Einlad
am besten im A
können. Ich be
, um die unentl
mit exotern zu
ell der Kapitalis
gleiche Unterbr
der Grund, we
den der verschied
ufen haben. Je
Konferenz fruchtbringende Arbeit leisten wird.
Die Konferenz ist eine sozialistische und wir h
daß nur die sozialistische Presse ausreichen werden
Journalisten hier sein die für bürgerliche Blätter f
so bitte ich Sie, den Saal zu verlassen; Sie geb
Als Besichtigende werden hierauf gemäß
Stuttgart und Frau Palsch, Wien, als Schriftst

Rosa Luxemburg

Ocupar el frente. Textos sobre los derechos políticos de las mujeres

Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Buchwald Editorial, 2025

Traducción: Enrique Salas

ROSA

LUXEMBURG

OCUPAR EL FRENTE

TEXTOS SOBRE LOS

DERECHOS POLÍTICOS

DE LAS MUJERES

BUENOS AIRES 2025

7 UNA CUESTIÓN TÁCTICA

19 OFICINA SOCIALISTA
INTERNACIONAL

23 LA PROLETARIA

31 SUFRAGIO FEMENINO Y
LUCHA DE CLASES

UNA CUESTIÓN TÁCTICA [1]

Leipzig, 4 de abril de 1902.

Hace algunos años, cuando en nuestras filas se debatía con especial énfasis el tema de las alianzas con partidos burgueses, sus defensores solían invocar el ejemplo del Partido Obrero Belga. Su alianza con los liberales en la larga lucha por el sufragio universal debía servir de ejemplo para demostrar la necesidad temporal y la inocuidad política de las alianzas entre la socialdemocracia y la democracia burguesa.

Su argumento, ya entonces, era falaz. Para quienes conocían las constantes vacilaciones y las repetidas traiciones de los liberales belgas a sus camaradas de lucha proletarios, esa experiencia sólo podía desembocar en un pesimismo extremo hacia el apoyo de la democracia burguesa a la clase obrera. Hoy, las resoluciones del último congreso del Partido Socialdemócrata Belga [2] nos proporcionan un nuevo y muy importante dato para evaluar la cuestión.

En este momento, el proletariado belga se encuentra, como sabemos, en un importante momento bisagra en la lucha por el sufragio universal, que ha librado con extrema firmeza durante quince años. Se prepara para un nuevo asalto contra el dominio clerical y el sistema de voto plural [3]. La burguesía liberal, entumecida, bajo la presión de la decidida clase obrera, se apresura y le ofrece una mano a la socialdemocracia para una campaña conjunta.

Pero esta vez, la alianza concluye en un auténtico trueque: los liberales renuncian al sistema de voto plural y aceptan el sufragio universal e *igualitario* (un varón, un voto); a cambio, la socialdemocracia debe aceptar el sistema de voto proporcional [4] como modo de votación garantizado *constitucionalmente* y renunciar a la demanda del *voto femenino*, así como a los medios *revolucionarios* en la lucha por el sufragio. La Federación del Partido Obrero de Bruselas ya había aceptado, en lo principal, las condiciones de los liberales, y el Congreso de Pascua de la socialdemocracia belga selló el negocio político con su consentimiento.

Por lo tanto –está claro, y este hecho no se puede discutir– que la alianza, más bien el compromiso con los liberales, ha llevado a la socialdemocracia a renunciar a uno de sus principios programáticos. Es cierto que los camaradas belgas aseguran que abandonan solo “*por el momento*” la exigencia del sufragio femenino, para retomarla *después* de la victoria del sufragio universal masculino. Sin embargo, esta idea, según la cual el programa es una especie de menú cuyos platos se comen solo uno tras otro, es nueva para la socialdemocracia de todos los países. Y si la situación política actual hace que el partido obrero de cada país tenga temporalmente más poder de agitación en ciertas demandas que en otras, el *conjunto* de nuestras demandas sigue siendo la base permanente de nuestra lucha política. Entre poner temporalmente menos énfasis en un punto del programa y su sacrificio expreso, aunque temporal, como precio por otra demanda programática, se encuentra toda la distancia que separa la lucha de principios de la socialdemocracia de las manipulaciones políticas de los partidos burgueses.

Y en Bélgica realmente se está *sacrificando* el sufragio femenino. Aunque la resolución adoptada por el Congreso de Bruselas solo dice lacónicamente: “La próxima

revisión constitucional debe limitarse al sufragio universal masculino”, es de esperar que los clericales, durante la revisión, introduzcan el proyecto de ley del sufragio femenino como manzana de la discordia entre los liberales y los socialdemócratas; y, para esa situación, la resolución de Bruselas recomienda a los diputados del partido obrero “frustrar esta maniobra y *mantener* la alianza de los partidarios del sufragio universal”, dicho en criollo: ¡votar en *contra* del sufragio femenino!

El llamado fariseísmo de principios es, por supuesto, algo detestable, y nunca se nos ocurriría exigirle a ningún partido obrero que, por el bien del esquema programático abstracto, renuncie a las ventajas prácticas obvias. Sin embargo, aquí y como siempre, se sacrifican los principios solo por *ilusiones* y no por ventajas prácticas reales. En este como en otros casos, si se lo analiza bien, es un *error* afirmar que aferrarse a nuestros fundamentos políticos sería un obstáculo para nuestra felicidad terrenal.

¡Es así! Se afirma que, si la socialdemocracia belga insistiera en su demanda por el sufragio femenino, esto llevaría a la ruptura con los liberales y pondría en peligro

toda la campaña. Sin embargo, y en el fondo, la poca seriedad con que el partido obrero asumió su alianza con los liberales y sus condiciones, queda en evidencia en la muda indiferencia con la que aceptó la tercera condición de los liberales: *la renuncia a los medios de lucha revolucionarios*. Era evidente que la socialdemocracia belga no se iba a dejar atar las manos en lo que respecta a los medios de lucha. Y se guio por la única convicción correcta: la verdadera fuerza de la lucha, la garantía segura de la victoria *no* reside en el apoyo de los pusilánimes alcaldes y senadores liberales, sino en la disposición a luchar de la masa proletaria; no en el parlamento, sino *en la calle*.

Sería muy extraño que precisamente el partido obrero belga tuviera alguna duda al respecto, sobre todo después de que sus victorias anteriores –la promesa de voto plural, por ejemplo– hayan sido producto exclusivo de la memorable huelga de masas y las amenazantes manifestaciones callejeras de la clase obrera. Sin embargo, al igual que entonces, el primer movimiento un poco más audaz del proletariado belga va a volver a tener el efecto de un rayo sobre la burguesía “liberal”, y los “aliados” de la socialdemocracia se arrastrarán al agujero de la traición parlamentaria con la ya demostrada gran velocidad

y dejarán el sufragio universal en los puños de los trabajadores. Esta hermosa perspectiva tampoco es un secreto para el partido obrero belga.

Si, a pesar de ello, ignora tranquilamente la tercera condición del pacto liberal y se prepara abiertamente para cualquier eventualidad, demostrará con toda claridad que se toma al apoyo “liberal” por lo que realmente es: una alianza accidental y temporal en un tramo del camino común, que se acepta en la marcha, pero por la que no se desvía ni un paso del camino predeterminado.

Esto demuestra, lógicamente, que la supuesta “ventaja práctica” a la que se ha sacrificado el sufragio femenino es solo un fantasma. Y al hacerlo, se revela lo que también se da en otros lugares, incluso en nuestra propia casa: que cada vez que surgen proyectos ridículos de compromiso a expensas de nuestros principios, en realidad, no se trata de supuestos “logros prácticos”, sino del sacrificio de demandas programáticas que, para nuestros “políticos prácticos”, son, *en el fondo*, un simple oropel formal, una Hécuba, que se lleva consigo y se recita mientras no tenga ninguna importancia práctica.

El sufragio femenino no solo fue reconocido siempre por todos como un punto del programa en las filas de la socialdemocracia belga, sino que los representantes de los trabajadores en el parlamento votaron por *unanimidad* a su favor en 1895. Sin embargo, hasta ahora, en Bélgica como en otros países europeos, no tenía ninguna perspectiva de volverse realidad. Hoy que, por primera vez, amenaza con convertirse en una cuestión de la agenda política, de repente, en las filas del partido obrero, no hay ni *una* sola opinión sobre nuestra antigua demanda programática. Incluso peor, según la declaración de Dewinne en el Congreso de Bruselas, “todo el partido adopta una postura de rechazo en la cuestión del sufragio femenino”.

Pero el espectáculo más sorprendente lo ofrece la *argumentación* de los socialdemócratas belgas contra el sufragio femenino. Son exactamente los mismos argumentos que ahora utiliza el zarismo ruso y que, en su momento, utilizó la Gracia de Dios alemana para justificar su injusticia política: “El pueblo aún no es lo suficientemente maduro para ejercer el sufragio”. ¡Como si pudiera haber otra escuela de madurez política para el pueblo que el ejercicio de los propios derechos políticos! ¡Como si la

clase obrera masculina no hubiera aprendido también solo gradualmente a usar la papeleta como un arma de sus intereses de clase y todavía tuviera que aprenderlo!

Por el contrario, sobre la inclusión de las mujeres proletarias en la vida política, lo único que una persona con ideas claras debe esperar, tarde o temprano, es un poderoso auge del movimiento obrero. Esta perspectiva no solo abre un enorme campo en el trabajo de agitación de la socialdemocracia, sino también en su vida política e intelectual: con la emancipación política de las mujeres, tendría que soplar un nuevo aire fuerte, capaz de ahuyentar el aire viciado de la actual vida familiar filistea, que, sin duda, también influiría en nuestros miembros del partido, trabajadores y líderes.

Es un hecho que, al principio, el sufragio femenino en Bélgica podría tener consecuencias políticas bastante fatales, como el fortalecimiento del poder clerical. También la organización y agitación de todo el partido obrero tendrían que ser reorganizadas del todo. En una palabra, la igualdad política de las mujeres es un *experimento político audaz y grande*.

Sin embargo, es curioso que todos aquellos que admiran profundamente los “experimentos” al estilo de *Millerand* [5], y no pueden valorar el coraje de estos experimentos lo suficiente, no pronuncian ni una sola palabra de reproche hacia los compañeros belgas que evitan el experimento del sufragio femenino. De hecho, precisamente el líder belga Anseele, que en su momento se apresuró en ser el primero en felicitar al “compañero” Millerand por su “audaz” experimento ministerial, hoy es el opositor más decidido de todos los intentos de sufragio femenino en su propio país. Aquí tenemos, entre otras, una prueba más del tipo de “coraje” que nos recomiendan los “políticos prácticos” de vez en cuando. Evidentemente, es solo el coraje de hacer experimentos oportunistas a expensas de los principios socialdemócratas. Pero cuando se trata de una aplicación audaz de nuestras demandas programáticas, los mismos “políticos prácticos” no muestran el menor deseo de impresionar con coraje y, más bien, buscan pretextos para abandonar “por ahora” y con “gran dolor” el punto programático en cuestión.

Leipziger Volkszeitung, nro. 76, 4 de abril de 1902.

[1] Este artículo no está firmado. Fue incluido en las *Obras completas* de Rosa Luxemburg, publicadas por Clara Zetkin y Adolf Warski, y editadas por Paul Frölich.

[2] El Congreso del Partido obrero belga, que se celebró el 30 y 31 de marzo de 1902 en Bruselas, había exigido la introducción del sufragio universal e igualitario bajo el principio de: un varón, un voto, y la inclusión del principio del sistema de voto proporcional en la Constitución. El sufragio femenino había sido rechazado.

[3] El sistema de voto plural es un sistema antidemocrático en el que los votantes con mayor nivel educativo, con un determinado nivel de ingresos fiscales, etc., pueden emitir más de un voto.

[4] En el sistema de voto proporcional, el número de diputados de un partido se determina a partir de la relación entre los votos recibidos y el total de votos.

[5] Alexandre-Étienne Millerand, que representaba una dirección social reformista en el movimiento socialista francés, fue Ministro de Comercio en el gabinete burgués reaccionario de Waldeck-Rousseau desde el 22 de

junio de 1899 hasta el 28 de mayo de 1902. Esta primera entrada de un socialista en el gobierno de un Estado burgués provocó intensos conflictos en la II Internacional entre las fuerzas revolucionarias y los reformistas.

DISCURSO SOBRE EL TRABAJO DE LA OFICINA SOCIALISTA INTERNACIONAL

I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, 17 y 19 de agosto de 1907, Stuttgart

Se ha expresado el deseo de que el movimiento internacional de mujeres se afilie a la Oficina Socialista Internacional en Bruselas. Como yo misma soy miembro, de hecho el único del sexo débil [risas] de esa oficina, me siento obligada a decir algunas cosas al respecto. Debo decirles, francamente, que es muy probable que solo aquellos camaradas que conocen, desde muy lejos [risas], su efectividad tienen una muy buena opinión de la Oficina Internacional. Hemos llegado a la conclusión de que no estamos en condiciones de crear un eje central del movimiento obrero socialista internacional por medios puramente mecánicos. Han pasado los tiempos de la Internacional en los que el *propio Marx* era el centro del movimiento internacional del proletariado. Ahora, en Bruselas, solo tenemos reuniones periódicas de representantes de los diferentes países, que, para cada uno de ellos, son un deber muy inoportuno. Cada vez

más tenemos la sensación de que no podemos cumplir ni la centésima parte de las tareas reales de la oficina. Y no se debe a nuestra voluntad ni a la falta de capacidad del actual secretario. Pero la queja de que la Oficina Internacional es, por así decirlo, completamente ignorada por los países afiliados al partido siempre se repite. Ni siquiera se envían informes breves sobre los movimientos que han tenido lugar. Solo si tenemos suerte y conquistamos un centro de autoridad moral que realmente sea capaz de despertar un interés suficiente en los países afiliados, tendremos un centro más viable y enérgico del movimiento socialista. Y si ustedes aceptan la propuesta de las compañeras alemanas, estarán en esta feliz posición. Todavía quiero confiarles un pequeño secreto [risas]. Cuando en Ámsterdam [1] dejamos atrás cuatro años de dolorosa decepción con la actividad de la Oficina Internacional en Bruselas, ya teníamos en claro que solo conseguiríamos una Oficina Internacional adecuada si la trasladábamos, en primer lugar, a Alemania, en segundo lugar, a Stuttgart y, en tercer lugar, a la redacción de la *Gleichheit*. Pero la dirección del partido rechazó la Oficina Internacional de Alemania con un gesto de la mano tan breve como certero, y así tuvimos que negarnos ese ideal. Pero ustedes ganarán este centro moral de

la Internacional por ustedes mismas, y solo puedo admirar a la compañera Zetkin por asumir también esta carga de trabajo. El deseo de trasladar la Oficina Internacional de Mujeres Socialistas a Bruselas solo podría provenir de la ignorancia de las circunstancias [2]. No crean que pierden algo al rechazar la idea; no digan: “Habría sido tan bonito, ¡no ha podido ser!” [*Carcajadas y aplausos*].

Rosa Luxemburg: *Vorwärts*, nro. 192, 18 de agosto de 1907, Berlín.

[1] El Congreso Socialista Internacional en Ámsterdam se celebró del 14 al 20 de septiembre de 1904.

[2] La conferencia decidió crear un Secretariado Internacional de Mujeres que se encargaría de generar información sobre la lucha de las proletarias en los distintos países. Clara Zetkin fue nombrada Secretaria del Secretariado. *Die Gleichheit* fue su órgano de publicación.

LA PROLETARIA

El Día de la Proletaria abre la semana de la socialdemocracia [1]. El partido de los desposeídos pone al frente su columna femenina: sale a la intensa semana de ocho días a sembrar la semilla del socialismo en nuevos campos. Y *el grito por la igualdad política de las mujeres es el primero que levanta*, mientras se prepara para reclutar nuevos seguidores para las demandas de toda la clase obrera.

La moderna proletaria asalariada hoy sale a la escena pública como la precursora de la clase obrera y, al mismo tiempo, de todo el género femenino, la primera precursora en milenios.

La mujer del pueblo ha trabajado duro desde siempre. En la horda salvaje, arrastra cargas, recoge alimentos; en el pueblo primitivo, siembra grano, muele, moldea vasijas; en la Antigüedad, como esclava, sirve a los señores y amamanta a sus vástagos con su pecho; en la Edad Media, trabaja a destajo en la rueca para el señor feudal. Pero desde que existe la propiedad privada, la mujer del pueblo trabaja en su mayoría separada del gran taller de la producción social y, por lo tanto, también de la cultura,

encerrada en la estrechez doméstica de una miserable existencia familiar. Solo el capitalismo la ha arrancado de la familia y la ha puesto bajo el yugo de la producción social, empujándola a campos ajenos, a talleres, a construcciones, a oficinas, a fábricas y a grandes depósitos. Como mujer burguesa, la mujer es un parásito de la sociedad, su función consiste solo en consumir los frutos de la explotación; como pequeña burguesa, es una bestia de carga de la familia. En la proletaria moderna, la mujer se convierte por primera vez en un ser humano, porque solo la lucha hace al ser humano, la participación en el trabajo cultural, en la historia de la humanidad.

Para la mujer burguesa propietaria, su casa es el mundo. *Para la proletaria, el mundo entero es su casa*, el mundo con su dolor y su alegría, con su fría crueldad y su ruda grandeza. La proletaria emigra con el trabajador del túnel de Italia a Suiza, acampa en barracones y seca, tarareando, la ropa de su bebé junto a rocas que vuelan por los aires con cartuchos de dinamita. Como trabajadora agrícola de temporada, en primavera, en el bullicio de las estaciones de tren, se sienta sobre su modesto bulto, con un pañuelo en su cabeza y un simple peinado de raya al medio, y espera con paciencia ser llevada de este a oeste. En la

entrecubierta del vapor oceánico, emigra a América, con cada ola que arrastra la miseria de la crisis de Europa, en la multitud de idiomas de proletarios hambrientos, para, cuando la ola de reflujo de una crisis americana se materialice, regresar a la miseria de su hogar en Europa, a nuevas esperanzas y decepciones, a la nueva búsqueda de trabajo y pan.

La mujer burguesa no tiene un interés real en los derechos políticos porque no ejerce una función económica en la sociedad, porque disfruta de los frutos maduros del dominio de clase. La exigencia por la igualdad femenina entre las mujeres burguesas es pura ideología de grupos individuales ineficaces, sin raíces materiales, un fantasma de la oposición entre mujer y hombre, una excentricidad. De ahí el carácter bufonesco del movimiento de las sufragistas [2].

La *proletaria necesita derechos políticos* porque ejerce la misma función económica en la sociedad, trabaja para el capital de la misma manera, mantiene al Estado de la misma manera, es exprimida y oprimida por él de la misma manera que el proletario masculino. Tiene los mismos intereses y necesita las mismas armas para defenderlos.

Sus demandas políticas se arraigan profundamente en el abismo social que separa a la clase de los explotados de la clase de los explotadores, no en la oposición de hombre y mujer, sino en la oposición de capital y trabajo.

Formalmente, el derecho político de la mujer se inserta de manera completamente armoniosa en el Estado burgués. El ejemplo de Finlandia, de Estados norteamericanos, de comunidades particulares demuestra que la igualdad de las mujeres todavía no derroca al Estado, no atenta contra el dominio del capital. Pero como el derecho político de la mujer es, hoy en día, una demanda puramente de clase proletaria, para la Alemania capitalista actual es como la trompeta del Juicio Final. Al igual que la *república*, la *milicia* [ejército popular], la *jornada de ocho horas*, el *sufragio femenino* solo puede vencer o sucumbir junto con toda la lucha de clases del proletariado, solo se puede defender con métodos de lucha y medios de poder proletarios.

Las *sufragistas burguesas quieren adquirir derechos políticos* para luego participar de la vida política. La mujer proletaria solo puede seguir el camino de la lucha obrera que, a la inversa, conquista paso a paso el poder real para así

recién adquirir derechos plasmados en leyes. *Al comienzo de cada ascenso social estaba el acto.* Las mujeres proletarias deben afianzarse en la vida política a través de su actividad en todos los ámbitos, solo así crearán una base para sus derechos. La sociedad dominante les niega el acceso a los templos de su legislación, pero otra gran potencia de la época les abre las puertas de par en par: el *Partido Socialdemócrata*. Aquí, en las filas de la organización, ante la mujer proletaria se extiende un campo inabarcable de trabajo político y poder político. Solo aquí la mujer es un actor con los mismos derechos. La socialdemocracia la introduce en el taller de la historia, y allí, donde fuerzas ciclópicas martillean, se gana la igualdad *de facto*, incluso si se le niega el derecho en papel de una constitución burguesa. Allí, la mujer trabajadora, junto con el hombre, sacude los pilares del orden social existente, y antes de que este le conceda la ilusión de sus derechos, ella ayudará a enterrar este orden social bajo sus escombros.

El taller del futuro necesita muchas manos y una energía incansable. Un mundo de dolor femenino espera la redención. Allí sufre la mujer del pequeño agricultor, que casi se derrumba bajo el peso de la vida. Allí, en las colonias alemanas en África, en el desierto de Kalahari,

se secan al sol los huesos de indefensas mujeres herero, a quienes soldados alemanes mataron de hambre y sed [3]. Al otro lado del océano, en las alturas del Putumayo, se pierden, sin ser escuchados por el mundo, los gritos de las mujeres nativas torturadas en las plantaciones de caucho de los capitalistas internacionales.

Proletaria, la más pobre de los pobres, la más desposeída de los desposeídos, apuráte a luchar por la liberación del sexo femenino y del género humano de los horrores del dominio del capital. La socialdemocracia te ha asignado un lugar de honor. ¡Apuráte a ocupar el frente, la trinchera!

Rosa Luxemburg: *Sozialdemokratische Korrespondenz*, nro. 27, 5 de marzo de 1914, Berlín.

[1] El 8 de marzo de 1914, Día Internacional de la Mujer, estuvo marcado por la lucha por el derecho al voto y la igualdad. Con este Día de la Mujer Socialdemócrata, se inició la “Semana Roja” del partido, del 8 al 15 de marzo de 1914, que sirvió para la agitación a favor de la socialdemocracia y su prensa.

[2] En Gran Bretaña, las luchadoras por la igualdad política de las mujeres y, principalmente, las seguidoras del movimiento por el sufragio femenino, eran llamadas sufragistas.

[3] En la campaña de represión de 1904-1907 contra los hereros en el suroeste de África, las tropas coloniales alemanas habían expulsado a los nativos al desierto y cortados los recursos hídricos. El general Lothar von Trotha había dado la orden de no tomar prisioneros sino de disparar contra mujeres y niños.

SUFRAGIO FEMENINO Y LUCHA DE CLASES

“¿Por qué no hay asociaciones de trabajadoras en Alemania? ¿Por qué se oye tan poco sobre el movimiento de trabajadoras?” [1] Con estas palabras, una de las fundadoras del movimiento de mujeres proletarias en Alemania, Emma Ihrer, inicia, en 1898, su libro *Las trabajadoras en la lucha de clases*. Apenas han transcurrido catorce años desde entonces, y hoy el movimiento de mujeres proletarias en Alemania está poderosamente desarrollado. Más de ciento cincuenta mil trabajadoras organizadas en sindicatos forman parte de las tropas centrales del proletariado que lucha económicamente. Decenas de miles de mujeres organizadas políticamente se agrupan en torno a la bandera de la socialdemocracia; el órgano de mujeres socialdemócrata tiene más de cien mil suscriptoras; la demanda del sufragio femenino está en la agenda política de la socialdemocracia.

Más de uno podría subestimar la importancia de la lucha por el sufragio femenino precisamente a partir de estos hechos. Podría pensar: incluso sin la igualdad política del sexo femenino, hemos logrado un progreso impresionante en la formación y organización de las mujeres,

por lo que el sufragio femenino probablemente no sea una necesidad urgente. Quien piensa así está equivocado. El magnífico despertar político y sindical de las masas del proletariado femenino en las últimas décadas solo ha sido posible porque las mujeres del pueblo trabajador, a pesar de su privación de derechos, participan activamente en la vida política y en las luchas parlamentarias de su clase. Las proletarias se alimentan, por el momento, del derecho al voto de los hombres, en el que, de hecho, participan, aunque solo indirectamente. La campaña electoral ya es común para grandes masas de mujeres y hombres de la clase obrera. En todas las asambleas electorales socialdemócratas, las mujeres forman un público numeroso, a veces, predominante, siempre activo y apasionadamente involucrado. En todos los distritos electorales donde existe una organización socialdemócrata consolidada, las mujeres también participan del trabajo electoral. Son ellas también quienes tienen un gran mérito en la distribución de folletos, en la captación de suscriptores para la prensa socialdemócrata, el arma más importante de la campaña electoral.

El Estado capitalista no ha podido impedir que las mujeres del pueblo asumieran todos estos esfuerzos y

deberes en la vida política. El mismo Estado ha tenido que facilitarles y asegurarles, poco a poco, la posibilidad de hacerlo a través de la concesión del derecho de asociación y reunión. Solo el último derecho político, el derecho a entregar la papeleta, a decidir directamente sobre la representación popular en los cuerpos legislativos y administrativos y a pertenecer a estos cuerpos como elegidas, solo este derecho no se le quiere conceder a las mujeres. Sin embargo, aquí, como en todos los demás ámbitos de la vida social, el lema es: "*Principiis obsta!*" El Estado actual ya ha retrocedido ante las mujeres proletarias cuando las admitió en asambleas públicas y en asociaciones políticas. Sin embargo, no lo hizo por voluntad propia, sino obedeciendo a la amarga necesidad, bajo la férrea presión de la clase obrera emergente. Por último, pero no menos importante, fue el impetuoso avance de las propias proletarias lo que obligó al Estado policial prusiano-alemán a abandonar el famoso "espacio de mujeres" en las asambleas de asociaciones políticas [2] y a abrir, a las mujeres, las puertas de las organizaciones políticas de par en par. Con ello, la piedra comenzó a rodar aún más rápido. El progreso imparable de la lucha de clases proletaria ha arrastrado a las mujeres trabajadoras al torbellino de la vida política. Gracias al derecho

de asociación y reunión, las proletarias han logrado, en las campañas electorales, una participación más activa en la vida parlamentaria. Y hoy es solo una consecuencia inevitable, solo el resultado lógico del movimiento, que millones de mujeres proletarias griten conscientes y desafiantes: *¡Queremos el sufragio femenino!*

Antiguamente, en los hermosos tiempos del absolutismo Vormärz, se solía decir de todo el pueblo trabajador que “todavía no tenía la madurez” para el ejercicio de los derechos políticos. Hoy no se puede decir eso de las mujeres proletarias, porque han demostrado su madurez para el ejercicio de los derechos políticos. Todo el mundo sabe que, sin ellas, sin la entusiasta ayuda de las proletarias, la socialdemocracia alemana nunca habría logrado la brillante victoria el 12 de enero [3], ni habría obtenido los más de 4 millones de votos. Y, aún así, el pueblo trabajador siempre ha tenido que demostrar su madurez para la libertad política a través de un movimiento de masas revolucionario victorioso. Solo cuando la Gracia de Dios en el trono y los más nobles y mejores de la nación sintieron el puño calloso del proletariado ante sus rostros y su rodilla en sus pechos, solo entonces les vino de repente la creencia en la “madurez” política

del pueblo. Hoy es el turno de las mujeres proletarias de hacer que el Estado capitalista se dé cuenta de su madurez. Y sucederá a través de un movimiento de masas persistente y poderoso, en el que se deben aplicar todos los medios de lucha y presión del proletariado.

Se trata del sufragio femenino como objetivo, pero el movimiento de masas para conseguirlo no es solo un asunto de mujeres, sino un asunto de clase común de las mujeres y los hombres del proletariado. Porque hoy en Alemania, la falta de derechos de la mujer es solo un eslabón en la cadena de la reacción que encadena la vida del pueblo, y está en la más estrecha relación con el otro pilar de esta reacción: con la monarquía. En la Alemania del siglo XX, con su gran capitalismo y su alta industrialización, en la era de la electricidad y la aeronavegación, la falta de derechos políticos de la mujer es un vestigio tan reaccionario de viejas condiciones ya obsoletas como el dominio de la Gracia de Dios en el trono. Ambos fenómenos: el instrumento del cielo como poder predominante de la vida política y la mujer, que se sentaba castamente en el hogar, despreocupada de las tormentas de la vida pública, de la política y de la lucha de clases, ambos tienen sus raíces en las condiciones podridas del

pasado, en los tiempos de la servidumbre en el campo y de los gremios en la ciudad. En esos tiempos, eran comprensibles y necesarios. Ambos, la monarquía y la falta de derechos de la mujer, han sido desarraigados hoy por el desarrollo capitalista moderno, se han convertido en una caricatura ridícula de la humanidad. Sin embargo, siguen existiendo en la sociedad moderna, no porque se haya olvidado de eliminarlos, no por simple inercia y pereza de las condiciones. No. Todavía están allí porque ambos, la monarquía y la falta de derechos de la mujer, se han convertido en poderosos instrumentos de intereses hostiles al pueblo. Detrás del trono y el altar, así como detrás de la esclavitud política del sexo femenino, se atrincheran hoy los peores y más brutales representantes de la explotación y la servidumbre del proletariado. La monarquía y la falta de derechos de la mujer se han convertido en los instrumentos más importantes del dominio de la clase capitalista.

Para el Estado actual, se trata, en realidad, de negar el sufragio a las mujeres trabajadoras, y solo a ellas. Teme, con razón, que se pongan en peligro todas las instituciones tradicionales del dominio de clase, como el militarismo, del que toda proletaria pensante debe ser

enemiga mortal; la monarquía; el sistemático robo con aranceles e impuestos sobre los alimentos, etc. El sufragio femenino es para el Estado capitalista actual una abominación y un horror, porque detrás de él están los millones de mujeres que fortalecerían al enemigo interno, la socialdemocracia revolucionaria. Si dependiera de las damas de la burguesía, el Estado capitalista solo podría esperar de ellas un apoyo eficaz al reaccionarismo. La mayoría de las mujeres burguesas que se comportan como leonas en la lucha contra “los privilegios de los hombres” irían a sufragar como dóciles corderos de la tropa del reaccionarismo conservador y clerical. De hecho, seguro serían considerablemente más reaccionarias que la parte masculina de su clase. Aparte del pequeño número de profesionales entre ellas, las mujeres de la burguesía no participan en la producción social, son meras co-consumidoras de la plusvalía que sus maridos exprimen del proletariado, son parásitos de los parásitos en el cuerpo del pueblo. Y los co-consumidores suelen ser aún más rabiosos y crueles en la defensa de su “derecho” a la existencia parasitaria que los portadores directos del dominio de clase y la explotación. La historia de todas las grandes luchas revolucionarias ha confirmado esto de manera espantosa. Cuando, después de la caída

del dominio jacobino en la Gran Revolución Francesa, mientras llevaban a Robespierre en carro al patíbulo, las prostitutas de la burguesía, ebria de victoria, bailaban desnudas y jubilosas alrededor del héroe revolucionario caído. Y cuando en 1871 en París, la heroica Comuna obrera fue derrotada con ametralladoras, las mujeres enloquecidas de la burguesía superaron a sus bestiales maridos en su sangrienta venganza contra el proletariado derrocado. Las mujeres de las clases poseedoras siempre seguirán siendo defensoras fanáticas de la explotación y la esclavitud del pueblo trabajador, de las que reciben, de segunda mano, los medios para su existencia socialmente inútil.

Económica y socialmente, las mujeres de las clases explotadoras no representan una capa independiente de la población. Simplemente ejercen la función social como instrumentos de la procreación natural para las clases dominantes. Por el contrario, las mujeres del proletariado son económicamente independientes, son tan *productivamente* activas para la sociedad como los hombres. No en el sentido de que ayudan al hombre con el trabajo doméstico, a sobrevivir el día a día de la familia con su miserable salario, y con el cuidado a los hijos. Este trabajo

no es productivo en el sentido del actual orden económico capitalista, aunque esos mil pequeños esfuerzos representen un enorme logro de autosacrificio y desgaste. Es solo un asunto privado del proletario, su felicidad y bendición, y precisamente por eso, solo un respiro para la sociedad actual. Se considera productivo –mientras duren el dominio del capital y el sistema salarial– solo el trabajo que crea plusvalía, que genera ganancia capitalista. Desde este punto de vista, la bailarina en el cabaret, que con sus piernas barre ganancias al bolsillo de su empresario, es una trabajadora productiva, mientras que todo el trabajo de las mujeres y madres del proletariado en las cuatro paredes de su hogar se considera una actividad improductiva. Esto suena crudo y descabellado, pero corresponde exactamente a la crudeza y al desvarío del actual orden económico capitalista, y captar esta cruda realidad de manera clara y precisa es la primera necesidad para las mujeres proletarias.

Porque precisamente desde esta perspectiva, la reivindicación de las proletarias a la igualdad política ahora está anclada a una base económica sólida. Millones de mujeres proletarias hoy crean ganancias capitalistas igual que los hombres, en fábricas, talleres, en la agricultura,

en la industria doméstica, en oficinas, en tiendas. Son, por lo tanto, productivas en el sentido técnico más estricto de la sociedad actual. Cada día aumentan las filas de las mujeres explotadas por el capitalismo, cada nuevo progreso en la industria, en la tecnología, crea un nuevo lugar para las mujeres en el engranaje de la obtención de ganancias capitalistas. Y con ello, cada día y cada progreso industrial añade una nueva piedra a la base sólida de la igualdad política de las mujeres.

Para el propio mecanismo económico, ahora se ha hecho necesaria la educación escolar y la formación intelectual de las mujeres. La mujer limitada y ajena al mundo del anticuado “hogar” de antaño hoy es tan inútil para las demandas de la gran industria y el comercio como para las exigencias de la vida política. Ciertamente, también en este aspecto el Estado capitalista ha descuidado sus deberes. Hasta ahora, las organizaciones sindicales y socialdemócratas han hecho la mayor y mejor parte para el despertar y la formación intelectual y moral de las mujeres. Así como hace décadas en Alemania, los socialdemócratas eran conocidos como los trabajadores más competentes e inteligentes, hoy las mujeres del proletariado, a través de la socialdemocracia y los sindicatos,

han sido elevadas por encima del aire viciado de su agobiante existencia, de la miserable falta de espíritu y la mezquindad de las tareas domésticas. La lucha de clases proletaria ha ampliado su horizonte, ha hecho elástica su mente, ha desarrollado su capacidad de pensar, ha señalado grandes objetivos para sus aspiraciones. El socialismo ha provocado el renacimiento espiritual de la masa de las mujeres proletarias y, con ello, sin duda, también las ha convertido en trabajadoras productivas competentes para el capital.

A pesar de todo esto, la falta de derechos políticos de las mujeres proletarias es una injusticia tanto más vil cuanto que ya se ha convertido en una mentira a medias. Las mujeres participan en masa y activamente en la vida política. Sin embargo, la socialdemocracia no lucha con el argumento de la “injusticia”. La diferencia fundamental entre nosotros y el socialismo utópico sentimental anterior se basa precisamente en el hecho de que no contamos con la justicia de las clases dominantes, sino única y exclusivamente con el poder revolucionario de las masas trabajadoras y con el curso del desarrollo social que abona el terreno para ese poder. Por lo tanto, la injusticia en sí misma no es ciertamente un argumento para derrocar

las instituciones reaccionarias. Sin embargo, cuando el sentimiento de injusticia se apodera de amplios círculos de la sociedad –dice Friedrich Engels, cocreador del socialismo científico–, estamos siempre ante un claro signo de que se han producido desplazamientos de gran alcance en los fundamentos económicos de la sociedad, de que las condiciones existentes ya han entrado en contradicción con el avance del desarrollo. Hoy en día, el poderoso movimiento de millones de mujeres proletarias, que sienten su falta de derechos políticos como una injusticia clamorosa, es una señal tan inconfundible de que los fundamentos sociales del orden estatal existente ya están podridos y sus días contados.

Uno de los primeros grandes heraldos de los ideales socialistas, el francés Charles Fourier, escribió hace cien años las memorables palabras: “*En toda sociedad, el grado de emancipación (libertad) femenina es la medida natural de la emancipación general*”. Totalmente cierto para la sociedad actual. La actual lucha de masas por la igualdad política de la mujer es solo una manifestación y una parte de la lucha general de liberación del proletariado y, en ello, reside precisamente su fuerza y su futuro. El sufragio universal, igual y directo de las mujeres, resultado

del esfuerzo del proletariado femenino, impulsaría y agudizaría enormemente la lucha de clases proletaria. Por eso, la sociedad burguesa aborrece y teme el sufragio femenino, y por eso, lo queremos y lo lograremos. También a través de la lucha por el sufragio femenino, queremos acelerar el momento en que la sociedad actual se derrumbe bajo los golpes de martillo del proletariado revolucionario.

Rosa Luxemburg: *Sufragio femenino y lucha de clases*. Clara Zetkin (ed.), para el Segundo Día de la Mujer Socialdemócrata, Stuttgart, 12 de mayo de 1912.

[1] Emma Ihrer: *Die Arbeiterinnen im Klassenkampf*, Hamburgo, 1898, p. 3.

[2] En 1902, el ministro del interior prusiano había emitido una ordenanza según la cual las mujeres solo podían permanecer en una parte especial de la sala de reuniones, el “espacio de mujeres”, durante las asambleas políticas.

[3] Las elecciones para el parlamento, Reichstag, se celebraron el 12 de enero de 1912. La socialdemocracia logró 4.2 millones de votos, en comparación con los 3.2 millones de 1907, y aumentó el número de sus escaños de 43 a 110. Con ello, se convirtió en la facción más fuerte del Reichstag.

BUCHWALD EDITORIAL